

Pasión por leer

SABADO 18 DE FEBRERO DE 2006

LECTURAS PARA EL VERANO



PISTA DE BAILE ANTONIO DAL MASETTO

Con frecuencia ceno en El bergantín, a la vuelta de mi departamento, en la bajada hacia Leandro Alem. Es un viejo restorán que en alguna época debió tener sus pretensiones, pero que ahora está muy venido a menos. La clientela es escasa. El único mozo, joven, sonriente y eficaz, basta y sobra para atender todas las mesas. En el medio del local hay un espacio libre, circular, a desnivel, que en otros tiempos seguramente funcionó como pista de baile. Junto a la pista de baile suele sentarse un tipo solo: traje, bigote, gestos lentos, aspecto más bien melancólico. Come leyendo el diario y después fuma mirando el techo.

A veces —como ocurre esta noche—, aparecen una mujer y una nena de unos siete u ocho años. La mujer tiene aire de viuda, viste de oscuro, con una elegancia excesiva para el lugar. La nena siempre usa pollera, medias tres cuartos, zapatos de charol. Se sientan del otro lado de la pista, frente al tipo que está solo. Apenas terminan de acomodarse se repite la misma escena. La nena le habla al oído a la mujer. Mujer y nena mantienen un breve diálogo. Mientras tanto el tipo de bigote, disimulando, espía por encima del diario.

Finalmente la nena recibe la aprobación de la mujer, cruza la pista de baile, se acerca al tipo y lo abraza y lo besa. El tipo finge sorpresa y cada vez formula la misma pregunta:

—¿Qué andás haciendo por acá?

La nena, previsiblemente, contesta:

—Vinimos a cenar.

Siempre ocurre así, no hay variantes, es como una representación teatral que se reitera cuando coinciden los tres personajes. A partir de ese momento la nena no cesa de moverse entre una y otra mesa. Va y viene, camina muy erguida, sin apurar el paso. Come un bocado acá y otro allá, habla un rato con el hombre y otro rato con la mujer, parecería preocuparse por ser ecuánime en el reparto de su tiempo, por no favorecer ni a una ni a otro.

Tanto el hombre como la mujer siguen sus desplazamientos con una leve sonrisa, aunque no se miran entre sí.

Llega el momento del postre: el hombre lee en voz alta la lista para que la nena elija. Ella duda, solicita que lea de nuevo y finalmente se decide. También éste es un ritual repetido. La nena siempre pide lo mismo. Lo que minutos después aparece sobre la mesa es una enorme y colorida copa helada, la especialidad de la casa. Entonces la nena intenta llamar la atención de la mujer, para que vea y admire el gran postre. Pero la mujer está concentrada en lo suyo, medita, los ojos perdidos, parecería sufrir. Lo cual obliga a la nena a recorrer nuevamente aquel espacio vacío. Ante su requerimiento, la mujer finalmente lanza una fugaz mirada de reojo hacia la otra mesa, inclina levemente la cabeza y esboza una sonrisa de asentimiento. La nena vuelve junto al hombre y durante largos minutos se dedica a su postre, muy seria, muy concentrada, sin hablar.

Apenas la nena termina, la mujer pide la cuenta y paga. Yo, sentado en mi lugar de costumbre, estuve esperando este momento y presto atención, la nena se despide del hombre y comienza a cruzar por última vez la pista. A medio camino entre ambas mesas parece titubear, aminora el paso, se detiene, los pies juntos, la cabeza gacha. Entonces tengo la impresión de que alrededor las luces se atenúan y los rumores se acallan. Son sólo unos segundos pero parece mucho tiempo. Y durante ese tiempo la nena sigue allá, en el centro iluminado —arena de circo, disco de dolor—, inmóvil en su postura de infinita desprotección o de quien aguarda un aplauso.

Después el silencio se quiebra y vuelven las voces de los clientes y los rumores de la cocina. La nena retoma su marcha. La mujer se levanta y ambas caminan hacia la puerta, salen, desaparecen. El mozo retira los platos de la mesa vacía, sacude con energía y elegancia el mantel y, prestidigitador feliz, borra todo rastro de aquellas presencias.



En *El padre y otras historias*,
Editorial Sudamericana.



INMOLACIÓN POR LA BELLEZA MARCO DENEVI

El erizo era feo y lo sabía. Por eso vivía en sitios apartados, en matorrales sombríos, sin hablar con nadie, siempre solitario y taciturno, siempre triste, él, que en realidad tenía un carácter alegre y gustaba de la compañía de los demás. Sólo se atrevía a salir a altas horas de la noche, y si entonces oía pasos, rápidamente erizaba sus púas y se convertía en una bola para ocultar su rubor.

Una vez alguien encontró esa esfera hispida, ese tremendo alfilerero. En lugar de rociarlo con agua o arrojarle humo (como aconsejan los libros de zoología), tomó una sarta de perlas, un racimo de uvas de cristal, piedras preciosas, o quizá falsas, cascabeles, dos o tres lentejuelas, varias luciérnagas, un dije de oro, flores de nácar y de terciopelo, mariposas artificiales, un coral, una pluma y un botón, y los fue enhebrando en cada una de las agujas del erizo hasta transformar a aquella criatura desagradable en un animal fabuloso.

Todos acudieron a contemplarlo. Según quién lo mirase, semejaba la corona de un emperador bizantino, un fragmento de la cola del Pájaro Roc, o si las luciérnagas se encendían, el fanal de una góndola empavesada, o si lo miraba algún envidioso, un bufón.

El erizo escuchaba las voces, las exclamaciones, los aplausos, y lloraba de felicidad. Pero no se atrevía a moverse por temor a que se le desprendiese aquel ropaje miliunanochesco. Así permaneció durante todo el verano. Cuando llegaron los primeros fríos había muerto de hambre y de sed. Pero seguía hermoso.



En *Falsificaciones*
Ediciones Corregidor.

"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre.
Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022633

Campaña Nacional de Lectura





SUBJUNTIVO JUAN SASTURAIN

Supongamos que te despiertes un día desnudo en la cama de un cuarto vacío e impecable, que tu única certeza sea un vago dolor por todo el cuerpo y que te sientas que es sólo el residuo de un gran dolor anterior, ya en retirada; que mires alrededor y no reconozcas el lugar ni tu propio rostro en el espejo te diga nada; que disfrutes de la visión del parque en la ventana, que sepas el nombre de las cosas pero no el tuyo. Que apenas el idioma en que esté escrito el diario abandonado junto a tu cabecera te resulte comprensible, pero no los personajes de los que hable, ni la ciudad ni la fecha al pie de un título inexpresivo.

Que en cierto momento alguien entre al cuarto y sepas quedarte sin preguntar pero además compruebes, con alivio inexplicable, que tampoco te pregunten; que en horas y en días sucesivos personas formales e impenetrables se ocupen de alimentarte, vestirme, mostrarte una ciudad que te resulte vagamente familiar, como conocida en un sueño; que todo transcurra de un modo natural, que nadie te ordene nada pero que sepas, simplemente, qué ha de suceder cada día.

Que una noche te despierte el rumor del roce de las sábanas a tu lado y sientas deslizarse un cuerpo desnudo y cálido; que la mujer o el cuerpo que la represente sea joven y saludable, distante pese a la evidencia de su entrega, que su piel tenga el sabor y los detalles de lo conocido; que no sepa su nombre; que cuando respire junto a su boca sientas el aire usado, la devolución de un aliento vivido.

Que te entregues dócil a esas sensaciones y esperes una revelación inminente, y que no llegue.

Que esa noche puedan ser varias noches o una sola interminable, que la mujer pueda ser otras mujeres o la misma, multiforme pero siempre más cómoda y simple al exponer su pasión sin palabras, un silencio elocuente que agradezcas.

Que en la facilidad del contacto, en el modo en que la busques cada vez, te acoples, y finalmente la penetres, exista una naturalidad implacable, como si el cuerpo obrara con una rutina sensual que reconozcas pero no puedas describir. Que ella se vuelque una y otra vez sobre ti, como oleadas de cálida memoria que te invadieran desde los sentidos; que su lengua te acaricie el interior de la boca como si no estuvieras allí y sólo existiera el tanteo dulce e insistente en tu secreta oscuridad tras algo perdido que tú poseas y ella busque para mostrarte; que sus pechos te revelen, sutiles, lentos y fugaces, el vello erizado de la propia espalda, un mapa ignorado que ella dibuje con leves contactos espaciados, apenas respaldos que evoquen un dolor ambiguo; que sus muslos te rocen suavísimos pero reiterados por debajo, como si le quitaran capas de pintura a un mueble antiguo y olvidado de su auténtica madera. Que todo esto suceda una y otra vez y muchas veces pero que finalmente salgas de ese cuerpo y su influencia como de una espiral, lentamente hacia fuera, alejándote de ese centro oscuro hacia la luz, y que en el dragón tatuado sobre el tibio muslo desvelado al

amanecer reconozcas el mismo monstruo interrogante que te espere cada mañana en el monograma de las toallas, en la loza de tu mesa diaria.

Que esa revelación no te quite el sueño pero que lo pueble desde entonces.

Supongamos que finalmente, una mañana, alguien cortés pero no cordial te lleve por pasillos largos y salones vacíos hacia la salida, que te suba a un coche negro pero no sombrío, y que recorras con él la ciudad sin nombrarla; que ya en las afueras lleguen a una casona de ladrillos gastados, vieja pero no abandonada, donde tras las cortinas siempre sea de noche; que se te conduzca por pasadizos sucesivos, franqueándote herméticas puertas de hierro y madera hasta llegar a la habitación donde alguien te espere, y que el que te haya llevado le diga, antes de dejarte a solas con él:

—Todo tuyo, Subjuntivo.

Que el hombre que te observe sentado sea gordo y viejo, con cara de niño ferozmente envejecido bajo la luz cenital y única que caiga sobre su escritorio desnudo, sólo ocupado por el ominoso dragón de bronce que reconozcas en un extremo; que sin decir una palabra meta una mano laxa en el interior de la chaqueta y que cuando esperes que extraiga una arma o alguna forma de amenaza sólo te extienda un sobre: Que lo abras y descubras en el interior una fotografía en la que dos hombres, ante lo que has de suponer un repentino flash, antepongan las infructuosas palmas de las manos, se aterroricen. Que te resulten desconocidos y lo manifiestes, y que el llamado Subjuntivo no se muestre extrañado sino que te diga, precisa pero casi casualmente:

—Acaso te convenga averiguar quiénes hayan sido estos dos... Dónde, cuándo y por qué hayan estado ahí donde estuvieran en el momento de la foto.

Que al decirlo te señale con un dedo corto y blando el rectángulo en blanco y negro, una ampliación evidente, y que finalmente agregue:

—Hagamos de cuenta que para averiguarlo dispongas de dos semanas de plazo y que puedas utilizar todos los recursos que encuentres en este edificio, puestos a tu disposición.

—¿Una especie de test? —acaso preguntes.

—Supongamos que sí —se te conceda.

—Supongamos que no pueda ni deba negarme... —te atrevas a parodiar.

—...Y supongamos que cuando llegues al final, todo esto haya acabado —acaso concluya él.

Luego se levante, te dé una fría mano tatuada de dragones, y te deje solo.

Pueda ser que una vez más no preguntes nada, que aceptes la tarea con el alivio inexplicable de alguien que se sospechase culpable aunque no supiera de qué. Y pueda ser que durante los siguientes días te empeñes en cumplir tu misión y que no te resulte tan difícil, pues en ese extraño edificio todo y todos no hagan otra cosa que complacerte.

Que tu tiempo se divida desde entonces en largas jornadas diurnas de investigación y noches saturadas de fantasmas sin nombre. Que el día y la penumbra se alimenten ciegamente de una misma sustancia inasible: que durante la vigilia y el trabajo evoques a la reiterada mujer del dragón, luego al dragón aislado sobre la piel, como una rúbrica al final de un documento desconocido,

pero que cuando vuelva a la oscuridad te lleves al lecho, junto a ella, las obsesiones avivadas por los trabajos del día.

Que en dos semanas, con sorprendente facilidad y utilizando medios que te resulten oscuramente familiares —archivos gráficos completos, dossier personales que imagines de acceso privado, todos los recursos propios de una organización secreta—, llegues a descubrir la identidad de los extraños; que luego identifiques el lugar, esa sala cinematográfica, ese teatro semiabandonado en el que hayan sido asesinados —pues de eso se trate— y finalmente averigües la fecha exacta, no muy lejana, del crimen. Que llegues a reunir, incluso, todos los datos sobre el asesino —no su identidad, sí sus peripecias: huidas, captura y desaparición— y que te atrevas a pedir una reunión con Subjuntivo para mostrarle tus logros.

Que la entrevista te sea concedida y que sean escuchadas con atención tus deducciones sin duda correctas. Que finalmente, cuando hayas terminado tu exposición, Subjuntivo la apruebe con una sonrisa cansada y te diga que nunca hubiera esperado menos de ti. Que en ese momento se lleve por segunda vez la mano al bolsillo interior de la chaqueta y extraiga un nuevo sobre, un poco mayor y más abultado, y te lo entregue para que lo abras. Que saques una carta y una foto; que te detengas primero en ésta, que sea la misma que la anterior pero ampliada —que se pueda ver ahora el signo del dragón tatuado en las palmas de las manos tendidas hacia delante de los desgraciados— y que, con mayor campo, ahora se te revele la presencia de alguien en primer plano, de espaldas pero reconocible —sobre todo para ti— disparándole a los dos aterrorizados.

Supongamos que el que dispare en la foto seas tú.

Que te asombres, que pidas o des explicaciones pero que acaso en un relámpago de precaria lucidez se te revele ahora el sentido de la tarea encomendada, de esas amables visitas nocturnas, exploradoras que cuando levantes la mirada te encuentres con la mía y que yo mismo, Subjuntivo, te diga:

—Supongamos que hayas matado a dos de los míos y que no lo recuerdes. Que ni siquiera lo recuerdes. Que ni siquiera sepas quiénes sean los míos o los tuyos y que eso no importe ya. Que en el duro trámite de tu captura hayas perdido accidentalmente la memoria e identidad pero no aptitud y raciocinio. Que no hayamos querido matarte en la ignorancia —esa forma sutil y tramposa de la inocencia— para que no lo creyeras injusto y te complacieras en el dolor, te otorgaras alguna razón mentirosa.

Supongamos que te hayamos incitado por todos los accesos de la piel y de la mente para develarte tu oscuro secreto; que te desordenáramos los sentidos en el amor o su simulacro, que te entregáramos las claves para que tu inteligencia convocara a la memoria. Supongamos que hayamos creído que para que el castigo fuera tal debiera sentir culpa y no sólo miedo en este momento.

Supongamos, finalmente, que yo sólo haya querido que cuando saque este revólver, dispare y te mate, acaso no sepas quién muera pero sí entiendas por qué.



En **La mujer ducha**, Editorial Sudamericana.

Juanita del montón

Silvia Schujer

Así la llamaban en el barrio: "Juanita del montón". No porque hubiera un montón de Juanitas, sino por su colección de montones.

Ninguna cosa le gustaba de a una. Ni de a dos ni de a tres.

De "a muchas" para arriba. Por lo menos, de "a montón".

Ya de chica, a los siete años, se enfurecía porque eran sólo siete y quería tener más.

Entonces sumaba los años de todos sus amigos (los cinco de Manuela, más los siete de Ramón, más los ocho de Susana, más los cuatro de Javier). Y los convertía en un montón.

Y como para juntar un montón de años precisaba un montón de amigos, Juanita era la chica más amigable del barrio.

Ni ella misma sabía cuántos eran. Pero estaba segura de que al menos —los amigos— eran un montón.

Tal vez por eso guardaba con tanto celo un montón de ganas de jugar.

—Porque —decía Juanita— sólo teniendo un montón de ganas de jugar puedo encontrar un montón de amigos.

Y, bien, si para sumar aquel montón de años, necesitaba un montón de amigos, y para tener un montón de amigos juntaba un montón de juguetes, lo que a Juanita le hacía falta entonces, era un montón de espacio donde guardarlos.

Convenció a su mamá y a su papá de que fueran a vivir a una casa con un montón de habitaciones. Y cada habitación, con un montón de metros de largo y un montón de metros de ancho.

El problema fue que para limpiar un montón de espacio, se necesitaba un montón de escobas, un montón de trapos y un montón de jabón.

Como se imaginarán, para comprar semejante montón, hacía falta un montón de dinero.

Bien sabía Juanita que juntar tanto dinero le llevaría un montón de tiempo. Así que guardó una a una las hojitas del montón de almanaques. Día a día hasta que los días se volvieron un montón. De tiempo, claro.

Y casi sin darse cuenta, cumplió los dieciséis.

Hizo entonces una fiesta de cumpleaños en la que recibió un montón de regalos. Había preparado un montón de diversiones para que se divirtieran un montón de personas.

Allí descubrió a Joaquín entre el montón de invitados.

Y le pareció el más lindo, más bueno y más divertido que el montón.

Bailó con él toda la tarde. Hasta que la fiesta se acabó.

Al día siguiente, y para no perder su costumbre de amontonar, Juanita se fue a buscar muchos Joaquines para tenerlos en el montón.

Dio un montón de pasos, atravesando montones de calles durante un montón de horas y todo fue inútil.

No pudo encontrar uno sólo que fuera como el Joaquín de su fiesta.

Sintió un montón de tristeza. Y derramando un montón de lágrimas, descubrió que tenía un montón de amor dentro de un sólo corazón.

Y fue al médico para que le diera algunos corazones más.

—Esto es imposible —dijo el doctor—. Para cada persona existe un sólo corazón.

—¿Qué voy a hacer? —se dijo Juanita. Y juntando el montón de palabras que conocía, trató de armar un montón de pensamientos que la ayudaran a encontrar un montón de soluciones para su problema.

Pero sólo se le ocurrió una idea: ir a buscar a Joaquín.

El único Joaquín que conoció.

Lo buscó y lo buscó durante largas noches. Hasta el día en que volvieron a encontrarse... Fue en medio de un montón de alegría en que Juanita y Joaquín se enamoraron. Y, aunque parezca mentira, entregándose un montón de amor, fueron felices un montón de tiempo.

En Cuentos cortos, medianos y flacos
Ediciones Colihue.



Bajo el sombrero de Juan

Ema Wolf

Nadie en Sansemillas fabricaba los sombreros como Juan. Los más empinados, los más vivos, los más galantes sombreros salían de sus manos. Sombreros de copa, de medio queso, redondos, triangulares, de fieltro, para días nublados, para noches de luna, amarillos, violetas y hasta sombreros grises para saludar que, sin ser ninguna rareza, también los fabricaba Juan.

Una vez entre otras fabricó un sombrero de jardín de ala muy ancha con una cinta verde alrededor de la copa. Le llevó un día largo terminarlo. Era tan grande que no cabía dentro de su casa. Lo llevó al jardín y se lo probó. Le quedaba muy bien. Era de su medida.

—Me gusta —dijo—. Me quedo con él.

Un sombrero tan grande lo protegería del sol, del granizo, de las hojas que caen en otoño y otros accidentes.

De pronto Juan estiró la mano y la sacó fuera del sombrero.

—Llueve —comentó.

Pero ahora ése era un detalle sin importancia.

El perro de Juan, que había estado durmiendo entre los rosales, se acercó corriendo y le tironeó el pantalón con la mano.

—Me quedo debajo de tu sombrero hasta que pase la lluvia —anunció.

—Bueno... —dijo Juan—. Será cuestión de esperar un poco.

Casi enseguida se acercó una vecina que llevaba una gansa atada de un piolín.

—¡Qué tiempo loco! Menos mal que encontramos un techo para guarecernos —comentó la gansa.

Y allí se quedaron las dos.

Unos cazadores que la habían escuchado se acercaron con interés.

—La lluvia nos apaga el fuego del campamento. Y un campamento sin fuego no es un campamento —argumentaron.

Así fue como se quedaron cazadores, vecina, gansa, fuego y perro, todos bajo el sombrero de Juan.

La lluvia seguía, tranquila...

Poco a poco se fueron arrimando los hombres y las mujeres del pueblo.

—¿Podemos quedarnos aquí? —preguntaban.

—Pueden —les decía Juan. Y entonces ellos, ya con confianza, amontonaban jaulas, chicos, terneros y muebles bajo el ala del gran sombrero.

La lluvia alcanzó por fin a los pueblos cercanos y pronto todo el país de Sansemillas golpeó a las puertas del sombrero buscando abrigo.

Llegaron los paisanos de a pie y de a caballo, los empleados de correo, toda la flora, toda la fauna, y también los fabricantes de paraguas.

Juan los recibía amablemente y se disculpaba porque no tenía muchas comodidades para ofrecerles.

No hubo problemas entre los parroquianos del sombrero.

Sólo un roce se produjo. Fue cuando un granjero reconoció en la capelina de una dama las plumas de una gallina de su propiedad. Devueltas las plumas a la legítima gallina, se hizo la paz.

El embajador de un país vecino, sorprendido por la lluvia, pidió asilo bajo el sombrero. Detrás de él llegó el país mismo, y como era más bien tropical se vino cargado de bolsas de café, loros y caimanes que rasgaban las medias de las señoras.

Pronto algunos países de los alrededores imitaron al de los loros y los caimanes.

—¿Podemos quedarnos hasta que aclare? —preguntaban.

Y Juan hacía un lugarcito para que entraran sus plazas, monumentos y museos.

Como sin querer empezó a llegar gente de lugares tan lejanos que Juan ni siquiera había oído hablar de ellos. Traían osos blancos y animales de cuello fino, que hicieron buenas migas con el perro primero de Juan.

Gente de piel roja trajo sus canoas pensando en el diluvio y hombres de piel amarilla trajeron regaderas calculando que a la lluvia siempre sucede la sequía.

Llegaron los capitanes con sus portaaviones, los batallones de soldados y los sabios, que siempre salen sin impermeable.

Algún loco trajo también la arena de las playas y los acantilados, como si fuera necesario proteger todo eso de la lluvia.

Un continente grande y otro formado de islas pequeñas se acercaron ronroneando.

El último en correr bajo el sombrero trajo un lío de avenidas, vías férreas, paralelos y meridianos, todo confundido y hecho un ovillo.

Por fin no entró nada más bajo el sombrero de Juan. No porque faltara espacio o buena voluntad sino porque ya no quedaba nada ni nadie por llegar.

Juan se estiró mucho para sacar la mano fuera del sombrero.

—Ya no llueve —dijo tranquilo—. Es hora de que cada uno vuelva a su lugar.

En Barbanegra y los buñuelos,
Ediciones Colihue, 1995



Ilustraciones de María Eggers Lan.



Pasión por leer



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campaña Nacional de Lectura

Con el apoyo de
Fundación

Noble

Grupo Clarín